



LOS PRINCIPIOS DEL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

Ludolfo PARAMIO

En julio de 1889 se celebraron paralelamente dos congresos obreros en París, que aglutinaban respectivamente a las tendencias marxista y posibilista del movimiento obrero internacional. Pese a la división, y pese a que no se habló en ellos de reactivación de la Internacional, de la vieja AIT, *a posteriori* se toma esta fecha como la de nacimiento de la Internacional Socialista, rota después por su incapacidad para evitar la primera guerra mundial, y laboriosamente reconstruida en 1951, tras otra guerra mundial, en Frankfurt.

De esta última fecha databa la Declaración de Principios de la Internacional Socialista, un documento marcado forzosamente por el clima de la época, incluyendo la guerra fría. En junio de 1989, en Estocolmo, la IS ha aprobado en su 18 Congreso una nueva declaración de principios, un texto que tiene muchas ambiciones. Por una parte recoger los principios *morales* que son la columna vertebral del movimiento socialista. Por otra dar cuenta de las nuevas preocupaciones de nuestro tiempo, a menudo distantes de las de la década de los 50. Y, por último, alcanzar un aliento que no sea sólo coyuntural, lograr enunciar el proyecto de sociedad socialista en términos que no se vean superados por los acontecimientos en pocos años o en pocos meses.

No son desafíos sencillos: el socialismo nació como respuesta a la explotación económica del primer capitalismo, y durante

muchos años creyó en la panacea de la propiedad estatal como solución a la explotación. Hoy sabemos que la receta no funciona, y que los países que han estatalizado plenamente sus economías sólo han logrado dar origen a nuevas formas de explotación, en un marco en el que además se perdían las libertades democráticas y la eficiencia productiva.

Era necesario, por tanto, afrontar la vieja aspiración de abolir la explotación con un lenguaje nuevo, combinando la democratización de las relaciones laborales desde abajo con la propuesta de una acción pública que no sólo corrija las desigualdades de oportunidades sino que redistribuya poder hacia quienes no tienen más propiedad que su fuerza de trabajo, y además sabiendo que en los países desarrollados la clase obrera ya no es la que Marx conoció. Era necesario, además, abrirse a nuevos problemas que el socialismo clásico no conoció o sólo intuyó.

Se podría decir que el hilo conductor de la nueva declaración de principios es el triple lema de la Gran Revolución francesa: libertad, igualdad, solidaridad. (Como se señaló en Estocolmo, resultaba doblemente simbólico que el Congreso se celebrara 200 años después de la revolución y 100 después de la fundación de la IS). Pero este hilo conductor se pretende esta vez llevarlo a sus consecuencias lógicas, desde el ámbito de lo privado al ámbito de lo internacional.

Desde el ámbito de lo privado: ya no se cree que toda igualdad tenga su origen en la producción. Hoy la IS apuesta por la plena igualdad entre hombres y mujeres, comenzando por el reparto del trabajo doméstico y el pleno acceso de las mujeres al mundo de la cultura, de la educación, del trabajo asalariado y de la política. Y por la plena libertad reproductiva de las mujeres, por el derecho a su propio cuerpo que exigieron las feministas de los años 60. La IS está hoy muy lejos de la ingenuidad de Engels cuando creía que la abolición de la propiedad privada bastaría para hacer libres a las mujeres, y mucho más lejos del Bebel que concebía la interrupción del embarazo como un caprichoso hábito de las mujeres burguesas.

Desde la igualdad entre los géneros a la relación pacífica con la naturaleza. De poco sirve producir cada vez más si el precio es una vida cada vez de menor calidad (entornos polucionados, viviendas invivibles). Y de menos sirve aún si el precio es poner en peligro la misma sobrevivencia de la vida humana, o agotar en una loca carrera de consumo recursos no renovables. La nueva declaración recoge una conciencia ecológica que va desde la esfera nacional a la internacional. Quizá se pueda decir que en este punto está dominada por los fantasmas del milenio, pero incluso quienes no somos milenaristas debemos aceptar que estos riesgos son demasiado

reales para ser ignorados: hay fantasmas a los que se debe temer y tomar en cuenta.

Ludolfo Paramio

Hablar de paz y entendimiento internacional es ya hoy demasiado fácil: la declaración habla del comunismo en pasado, partiendo de la conciencia de que la tradición comunista ha quedado desfondada con el derrumbamiento del modelo soviético de sociedad. La cuestión ahora es contribuir a la reconstrucción económica y la consolidación de la democracia en lo que fuera el bloque del Este. Pese a que los acontecimientos están siendo vertiginosamente rápidos, las propuestas de esta declaración de principios van a seguir siendo válidas por mucho tiempo, porque son una apuesta por la paz y la cooperación que tendrá validez vayan bien o mal las cosas en el proceso de democratización de los antiguos regímenes comunistas.

Y quizá lo más crucial es la clara afirmación de la solidaridad Norte/Sur, buscando la resolución del problema de la deuda externa y un modelo de crecimiento en común que supere el actual escándalo de un Norte próspero frente a un Sur en bancarrota. En este punto la declaración recoge el espíritu del trabajo de Willy Brandt como presidente de la IS, siempre guiado por la solidaridad global como base para la construcción de un nuevo orden mundial civilizado. El problema, lógicamente, es lograr que las fuerzas socialistas ganen una presencia mundial capaz de apoyar las políticas necesarias para crear este nuevo orden.

Las perspectivas son prometedoras, desde Alemania (una Alemania quizá reunificada en la que el SPD podría ser hegemónico) hasta Japón, donde los socialistas comienzan ya a ser una alternativa creíble. El punto discutible sería la plena superación de la escisión del movimiento obrero en 1921. Derrumbado el modelo soviético, perdidas las señas de identidad, los naufragos de la tradición comunista deberían reflexionar con calma sobre si les queda alguna bandera que no esté recogida en la nueva declaración de principios de la IS. Ya no hay terceras vías, y por ello no merece la pena buscarlas: o neoconservadurismo o socialismo democrático.
